

la en favor de Dios. La sabiduría de este mundo, dice el Apóstol, no es más que necedad; porque apartándose de Dios, todos los cálculos salen fallidos. Algunas veces nos parece que Dios deja triunfar á la falsa política, como pareció en un principio que habia triunfado el Sanedrín; pero esto consiste en que no ha llegado la hora de que se realicen sus eternos designios. Estad seguros, sin embargo, de que cuando llega el momento de llevarlos á efecto, brilla su poder como el sol tras una deshecha tempestad, y la falsa política queda entonces confundida.

No nos separemos pues nunca de la ley de Dios. Llamados al goce de una felicidad que consiste en unírnos á Dios, verle, y gozarle, nada debemos hacer que pueda ser un obstáculo para alcanzar esta dicha. Todo camino que conduzca á un abismo es horrible, aunque esté cubierto de flores y ofrezca á uno y otro lado deslumbradoras perspectivas; y á un abismo conduce el camino que nos aconseja seguir la falsa política. Nuestra patria es el cielo; allí pues hemos de tener fijas siempre nuestras miradas. No nos conviene en manera alguna desagradar al soberano Juez que ha de decidir si somos ó no dignos de obtener la eterna felicidad, sinó que, por el contrario, lo que nos interesa más que todo, lo que ha de ser constante objeto de nuestros deseos y término de nuestros sacrificios, es, agradarle y tenerle propicio, aunque para ello sea necesario romper abiertamente con el mundo. ¿Qué adelantariamos volviendo las espaldas á Dios por seguir las máximas de una falsa política? Todo lo que ella podria prometernos es mentira é ilusion, y cuando se volvieran contra nosotros nuestros pensamientos contra Dios, no podria ofrecernos alivio alguno.

Haced, Dios mio, que nadie de cuantos me escuchan se aparte de vuestra santa ley; que todos abominen las máximas de la falsa política. Hacednos á todos dóciles á vuestras inspiraciones y agradecidos á vuestros beneficios. Sin vos no somos más que ruinas; pero con vos somos dichosos. Practicando la virtud, ahuyentamos de nosotros los males y procuramos el bien público; pero si con pretexto de evitar males nos separásemos de vuestra santa ley, atraeríamos sobre nosotros los que quisiéramos evitar. Auxiliádnos para hacer siempre lo que nos mandáis, para amaros y adoraros, y de este modo lograremos gozaros en la gloria, que á todos deseo.

PORCIÚNCULA, véase INDULGENCIA DE LA PORCIÚNCULA.

POSTRIMERÍAS Ó NOVÍSIMOS, véase MUERTE, JUICIO, INFIERNO y GLORIA.

PONTIFICADO SUPREMO

DE LA IGLESIA.

Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam.

Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

(MATH. XVI, 18.)

Sencillez y estabilidad son los dos caractéres con que sella Dios sus obras. Ninguna más divina que la constitucion de su Iglesia; ninguna por consiguiente está tan sellada de ambos caractéres. *Edificaré mi Iglesia sobre esta piedra*, tales son las palabras del Salvador. ¿Qué es esta Iglesia, y quién es esta Piedra?

La Iglesia no es otra cosa que la congregacion visible de todos los fieles cristianos, segun los doctores y teólogos, por la cual habiendo tomado nuestra naturaleza humana el Hijo de Dios, lo hizo todo, y lo padeció todo: *pro qua Filius Dei, hominis natura suscepta, cuncta et fecit, et pertulit*. La Iglesia, explican otros, es la congregacion de todos los que profesan la fe y doctrina de Cristo, regida en la tierra por el que él ha establecido su Vicario, y Cabeza de toda ella. Así estaba ya profetizado: *Erit in novissimis diebus mons in vertice montium, et fluent ad eum omnes gentes*. Habrá luego un monte cuyas faldas estarán asentadas sobre las cimas de los demás montes, y vendrán á él todas las gentes. ¡Alegoría magnífica!

Y así es que un célebre teólogo moderno define en su catecismo á la Iglesia: La congregacion de todos los fieles y de todos los pastores que están sometidos al romano Pontífice, obedeciéndole como á vicario de Cristo y cabeza visible de la Iglesia. Los montes son los prelados, que, en virtud de la jerarquía divina, se levantan sobre las llanuras de la tierra, que son los fieles; y el monte colocado sobre la cima de todos los demás montes es el romano Pontífice, al cual acuden de todas partes, subiendo hasta él por medio de los otros montes. *Mons in vertice montium, ad eum omnes gentes*.

¿Quién es esta Piedra, fundamento de la Iglesia toda? *Super hanc petram edificabo*. No podia dejarnos el Maestro divino con

la menor duda acerca de quien habia de ser esta *Piedra*. Dirígese en una ocasion solemne á Simeon, hijo de Jonás, uno de sus discipulos. «Hallábase éste con todos los demás en compañía de Jesús en territorio de Cesarea de Filipo, é iban todos de camino. El Bautista habia sido degollado algunos meses ántes. Su vida asombrosa habia hecho creer á muchos que era el Mesías, á pesar de haber confesado públicamente y muy repetidas veces, que el Mesías era Jesús, del cual él era Precursor, segun lo tenían anunciado los Profetas. Todo el pueblo de Judea y de los países del contorno, sabedores de que el Mesías debia llegar por aquel tiempo, estaba conmovido en extremo, dividido en bandos y opiniones sobre si el Mesías era el Bautista, ó si lo era Jesús, cuyos milagros eran más y más numerosos despues de la muerte de Juan.»

En circunstancias tales, pregunta en general á todos sus discipulos: «¿Quién dicen las gentes que es el Hijo del hombre? Entre los discipulos, varios respondieron: algunos dicen que Juan-Bautista, otros Elias, otros en fin Jeremías, ó alguno de los profetas que ha resucitado.» Pero vosotros, replicales Jesús, ¿quién decís que soy yo?—Y Simon, hijo de Jonás, tomando la palabra, dijo: Tú eres el Cristo, el Mesías, el Hijo de Dios vivo.» «Y Jesús le respondió diciendo: Bien-aventurado eres, Simon hijo de Jonás, porque no te ha revelado eso la carne, sangre ú hombre alguno, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia, sin que todo el poder del Infierno pueda prevalecer contra ella. Y á tí te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra, atado quedará tambien en los cielos; y todo cuanto desatares sobre la tierra, será desatado en los cielos.» Luego la *Piedra* sobre que habia de fundar Cristo su Iglesia es Pedro.

Pero la Iglesia habia de durar hasta la consumacion de los siglos; porque su misión, no siendo otra que la de recibir en su seno á todos los que compongan y compusieren el humano linage, para hacerles hijos de Cristo y herederos de su gloria, es claro que tenia que sobrevivir á ésta. Y esta perennidad se muestra evidentemente en aquellas palabras: *Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consumationem sæculi*. La Iglesia, pues, no muere, y durará tanto como el mundo: luego, tampoco puede morir la piedra sobre que está fundada. Ahora bien: Pedro, como hombre, tenia que morir, y en efecto murió en Roma: luego los sucesores de su dignidad son esta Piedra firme, perenne, que ha de ir sirviendo de fundamento á la Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Y así es dogma de fe católica, que el Pontífice romano, como sucesor único y legítimo de las pre-

rogativas de Pedro, es Vicario de Cristo en la tierra, cabeza visible de la Iglesia, su Piedra fundamental visible.

Pero si el romano Pontífice es Piedra fundamental visible de la Iglesia, ¿cómo es que se le compara por el Profeta á un monte colocado sobre la cima de los demás montes, que en sentido alegórico son los Apóstoles y los Obispos sus sucesores? El Profeta no puede ir contra lo que dice Cristo, cuyo Espíritu inspiraba á los profetas. Por consiguiente, la Santa Sede es, por una parte, piedra fundamental visible de la Iglesia, y por otra, un monte sublime colocado sobre la cima de los demás montes: es no solo la base visible y exterior fundamento de la Iglesia, sino su corona, su alteza, su dignidad, el punto culminante, el más visible, el dominante de toda la Iglesia. Y ved, señores, trazado el plan de nuestro discurso: el romano Pontífice, piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo, primera parte: el romano Pontífice, monte sublime colocado sobre las cimas de los demás montes, segunda parte.

Para el acierto, imploremos los auxilios de la divina gracia. A. M.

1. Antes de pasar al fondo del asunto de este nuestro discurso, hay que notar, señores, que en la Iglesia de Cristo hay dos caracteres distintos: uno invisible, místico, puramente espiritual; y el otro visible, social, exterior. Respecto del primero hay un gobierno interno, el gobierno de las almas, consideradas individualmente, y respecto de su santificación. Todo esto es obra del Espíritu Santo y del dominio exclusivo de la gracia. Esta se comunica á las almas por medio de los sacramentos que son conductos ordinarios de la gracia, y por otros medios, ya ordinarios, ya extraordinarios de que se valé el Espíritu Santo para el gobierno interior de las almas. La Iglesia, considerada como sociedad de los espíritus, como sociedad invisible, tiene por piedra fundamental á Cristo solo: *Lapis angularis qui facit utraque unum*.

Bajo de este respecto, los sacramentos obran sus efectos *ex opere operato*, como enseñan los teólogos, y una vez conferidos válidamente, la gracia se comunica directamente, y sin dependencia de las personas de sus ministros. En esta region la Jerarquía eclesiástica consta de tres grados, ministros, presbíteros y Obispos. Los Obispos tienen todos el mismo carácter episcopal, y el carácter episcopal de un simple Obispo auxiliar, ó *in partibus*, es igual, absolutamente igual al del romano Pontífice, Obispo de Roma. El carácter de Orden, como el del Bautismo ó Confirmación, son indelebles, y ningun poder humano los puede borrar ó aniquilar. Los demás sacramentos, así como éstos, una vez conferidos válidamente y recibidos debidamente, producen

tambien su efecto, sin que ningun poder humano lo pueda anular, ó suponer no avenido. Cuando el Espíritu Santo comunica sus dones á las almas, esta comunicacion no puede invalidarse de modo alguno por ninguna autoridad humana. En una palabra, el gobierno interior de las almas pertenece exclusivamente á Dios.

Ahora bien; este gobierno interior es en la Iglesia como la sávia, como el jugo en los árboles; esto es, su vida, su accion, su interior constitucion, en una palabra, el alma de su cuerpo. No tratamos pues, señores, en este momento de este gobierno divino interior, invisible. Lo que es objeto de nuestro discurso es el gobierno exterior, visible, de la Iglesia considerada como sociedad, como congregacion visible de todos los que profesan la fe y doctrina de Cristo, regida por su Vicario en la tierra. Bajo de este respecto, decimos que el romano Pontífice es la Piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo. *Super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam.* Tened bien entendido, señores, que no me limito á decir que el romano Pontífice es el primado de honor y jurisdiccion, que es cabeza visible de la Iglesia, que es el principe de los Pastores, el Obispo y pastor universal y una muchedumbre de otros títulos que le dan los santos Padres.

Nosotros creemos que la calidad y carácter divino de Piedra fundamental visible de la Iglesia, tiene una significacion mucho más profunda que todo eso; pues que es nuestro intento probar con la mayor evidencia, que así como no puede haber edificio sin fundamentos, tampoco puede haber Iglesia visible de Cristo sin la Piedra fundamental visible instituida por Él mismo. Vamos alegando razones. Y en primer lugar, consideremos la Iglesia como sociedad visible, instituida por Cristo para santificacion de los hombres. ¿Qué es una sociedad visible? No es otra cosa que la reunion de muchos individuos con un mismo objeto. Cada uno de estos individuos por sí solo no puede constituir sociedad; ni aún muchos individuos constituyen sociedad si entre ellos no hay un lazo comun que los haga un *todo*, compuesto de muchas partes. Por consiguiente, lo que constituye sociedad, no es el mayor ó menor número de individuos; al modo que no formará edificio alguno un monton, ó si se quiere una masa tan enorme de piedras como un monte, aglomeradas unas sobre otras sin plan, simetría ni orden alguno. Habrá, si se quiere, un monton de piedras, que tendrá dos ó tres millones de ellas, mas no podrá decirse haya edificio alguno. Empero, para que una aglomeracion de individuos se pueda llamar sociedad, es necesario haya entre ellos un lazo y una trabazon tal, que se correlacionen para for-

mar un todo compacto, único. Este lazo y trabazon no puede realizarse sin el orden; luego el orden es la base, el fundamento de la sociedad.

Este orden supone un fin al cual tienden todas las partes del gran *todo* llamado sociedad, y el orden no tiene otro objeto que hacer que cada una de ellas marche de consuno con las demás al mismo fin. Pero el orden tiene necesidad de ser visible, de ser independiente de cada uno de los miembros, de ser superior, de estar, en una palabra, personificado en una institucion formada ó sacada de la naturaleza misma de los miembros de la sociedad. Esta institucion tiene que ser independiente de cada uno de los miembros, porque ninguno considerado aisladamente puede tener derecho á arrogarse ningun ascendiente sobre los demás. Los miembros de la sociedad pierden, por decirlo así, su personalidad individual en favor del orden social, para que pueda haber sociedad; por manera, que la institucion que personifica el orden es como el punto céntrico donde se reúnen todas las personalidades sociales, donde están representadas todas estas personalidades para hacerlas descender y fluir á todos los miembros ó individuos del cuerpo. De esta manera hay en el gran *todo* un flujo y reflujo de personalidades que es, como la sávia en el árbol, lo que constituye la vida social de cada uno de los miembros, y del gran *todo*. De aquí resulta el orden, que es la base y fuente de la armonía; por manera, que así como los diversos tonos y notas musicales forman el concierto armónico empleados segun el plan ó reglas de la música, los diversos individuos forman el concierto social por medio del orden que los dirige. Es necesario pues, segun esto, que haya una correlacion de identidad final entre los miembros entre sí, entre los miembros y el gran *todo* social. Este gran *todo* social ha de estar, como el orden que lo constituye, personificado en una institucion suprema que sea el centro de todas las personalidades sociales, que sea la que dé actividad al flujo y reflujo de estas personalidades, que sea el corazon do vaya á parar ese flujo, y de donde parta el reflujo á todos los individuos del gran *todo*.

Estais viendo, señores, que con solo considerar la Iglesia como sociedad visible, resulta de toda necesidad la existencia de una institucion suprema que, no sólo sea cabeza, sino corazon de la Iglesia; que no sólo sea corazon, sino fundamento visible de la Iglesia considerada como sociedad visible. Esta institucion suprema es el Pontificado romano; y como si no bastara la sola razon para hacer ver lo que necesariamente ha de ser en la Iglesia, su Fundador divino lo enseñó en términos evidentes, inequívocos, diciendo: *Super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam.* Pero me direis, señores, que

si las razones antecedentes son concluyentes respecto de una sociedad humana, no pueden serlo quizás respecto de la Iglesia cuya constitución es tan distinta. Convento en que la constitución de la Iglesia es en efecto distinta de la de las demás sociedades; pero distinta, no diversa, ni ménos opuesta. La Iglesia es una verdadera sociedad, y sus miembros son hombres, cuya naturaleza no cambia en la Iglesia, sino que se perfecciona y se constituye en su verdadero estado y objeto para que los crea Dios. Es la Iglesia una sociedad, y una sociedad visible; y sus miembros son exclusivamente los hombres descendientes de Adán, que tienen que ser gobernados como tales, aunque con un fin mucho más noble. Y esa misma nobleza del fin hace que la sociedad de la Iglesia visible tiene que ser regida por las leyes de una sociedad perfecta; y que lo que no puede tener lugar frecuentemente en las sociedades humanas, es de rigor en la Iglesia. Y en efecto, la Iglesia es la sociedad más extensa y vasta del mundo, pues que lo abraza todo, del Oriente al Occidente, del Aquilon al Mediodía. Están llamados á ser miembros de la Iglesia el Europeo y el Indio, el Persa y el Chino ó Japonés; el Africano y el Ruso; el Americano del Estrecho de Bering y el del Magallanes; todos los pueblos cultos ó ignorantes, isleños ó continentales, de toda raza, color é idioma; pues que todos, todos nacen de Adán, han sido redimidos por Cristo y son llamados á ser miembros de la Iglesia, bajo pena eterna de condenación. Todos los hombres pasados, presentes y venideros han sido llamados á ser miembros de la Iglesia. Ahora bien; si en algun caso es necesaria la armonía y el orden en su grado perfectísimo en una sociedad, es precisamente cuando su naturaleza misma la hace tan extensa como el mundo, y más durable que el tiempo mismo, pues que la Iglesia le ha de sobrevivir. La universalidad misma de la Iglesia hace que la institución suprema que personifique el orden, la armonía, el vínculo entre todos sus infinitos miembros, esparcidos por todo el mundo, lleve en sí misma en grado perfectísimo todos esos caracteres, que hacen que la Iglesia sea *una*, un *todo uno*, compuesto de infinitas partes unidas estrechamente entre sí y con su cabeza: y tal es el romano Pontífice, piedra fundamental de la Iglesia.

Además, y esto es concluyente en sumo grado; la Iglesia es *una*, La unidad es su carácter más especial. *Ut unum sint, sicut et nos unum sumus*. Y esta unidad no es sólo respecto de la fe y de la caridad, no solo respecto del régimen interior, de la region de lo invisible, sino de la sociedad visible, del régimen exterior de la Iglesia. Para mantener pues en la unidad á una congregación que tiene por límites la del espacio, y por duración la del tiempo, es nece-

saria la unidad en el mando, en la dirección, en el objeto final del orden y armonía. Como no hay sino una Iglesia visible, no puede haber sino un fundamento visible; y nadie hasta ahora ha dado en la extravagancia de asentar un mismo y solo edificio en dos cimientos distintos. Unidad de fabrica, unidad de cimientos; unidad de Iglesia, unidad de piedra fundamental de ella. De aquí es que el argumento más fuerte que se saca para probar la necesidad del primado en la Iglesia, es la necesidad de un centro de unidad, á cuyo centro converjan todos los radios del circulo, así como todos los rayos del sol que iluminan no solo nuestra atmósfera, sino esas infinitas esferas del universo que salen del solo centro solar. El romano Pontífice es este centro de unidad; y como la unidad es el fundamento de todo lazo social, y lo que constituye una verdadera sociedad, es también la piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo.

La naturaleza misma del poder que Jesucristo ha dejado á su Iglesia exige también que la institución suprema que la dirija sea *una*, *sólida*, y que sirva de único y sólido fundamento de ella. Desde luego es una jurisdicción para cuyo ejercicio le está, si no prohibida, al ménos juzgada como no necesaria la coercición externa, la violencia armada, la espada, en fin, del poder temporal. Todo se hace en la Iglesia por espontaneidad y sumisión voluntaria. *Arma militie nostre non sunt carnalia, sed spiritualia*. La excomunión, la deposición, la suspensión, el entredicho, la negación justa de ciertos sacramentos ó gracias eclesiásticas á los indignos, son en verdad armas terribles y de infinita mayor consecuencia que las multas, confiscaciones, calabozos y cadalsos del poder temporal. Mas á pesar de ello, influyen mucho ménos sobre el hombre grusero y material. Por la misma razón de no tener tanta acción coercitiva, respecto del cuerpo, estas armas espirituales de la Iglesia, es necesario que la autoridad ó jurisdicción que las impone sea más *una*, esté más dotada del carácter de *unidad* que ninguna otra autoridad temporal. Porque esta unidad es el ascendiente más capaz de sujetar los espíritus libres y amantes que ven en ella un sello divino que sanciona del modo más auténtico su jurisdicción. En las autoridades temporales la fuerza es el solo ascendiente capaz de sujetar las pasiones groseras del hombre. Ahora bien; la unidad en jurisdicción tan extensa é ilimitada como la de la Iglesia, supone necesariamente un centro hácia el cual todo converja y del cual todo salga; un fundamento único sobre el que esté levantado el edificio; y ese fundamento es la Piedra sobre que Cristo ha fundado su Iglesia: *Et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam*.

La Iglesia es además el templo de las virtudes: entre éstas, las que más expresan el *alma social* son la obediencia, la caridad, el celo. Estas virtudes no pueden ejercerse sin una saludable dependencia de la institución suprema que las da su valor, moderando su ejercicio de tal modo, que no sean actos extraños al cuerpo social, sino que representen al vivo el orden, la armonía y unidad del *gran todo*. Lo mismo decimos de la santidad, otro de los caracteres de la Iglesia que abraza el ejercicio de todas las virtudes. Para que estas virtudes sean realmente virtudes y no actos de amor propio ó de alguna individualidad egoísta, es necesario se practiquen concertadamente y con relación al cuerpo entero de la Iglesia, al gran *rono-uno*, *ut sint unum*. Todo esto no puede verificarse sin que esté fundado sobre un cimiento único, sólido, inalterable; y por esto ha constituido Cristo su Iglesia sobre una sola piedra fundamental, en la cual estriben todas las virtudes para que de ella tomen su valor y criterio.

Concluyamos, en fin, las razones de necesidad y congruencia de ser el romano Pontífice la piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo, con una sacada de la perfecta correspondencia que ha de mediar entre la Iglesia invisible y la visible, ó mejor, las dos regiones ú órdenes de esta misma Iglesia, invisible la una, y visible la otra. En la invisible se comprende todo el sistema sacramental, y la economía de la gracia; en la visible, la jurisdicción ó gobierno exterior. A la simple luz de la razón se concibe, que la recta y oportuna administración de sacramentos requiere el mayor orden y armonía, la mayor unidad posible en el gobierno de la Iglesia. Y en efecto, sin una justa y estrecha dependencia de los sacerdotes á los preladados, sin una deferencia oportuna y justa de éstos para con aquéllos, sin una justa y estrecha sumisión de éstos con el Pontífice romano, sin una oportuna deferencia respetuosa, aunque de superioridad, de éste para con aquéllos, ¿cómo poder suponerse la recta y oportuna predicación del Evangelio y doctrina católica, la recta y debida celebración del culto, el reparto de las limosnas, el cuidado de los pobres y desvalidos, las misiones evangélicas, el pasto espiritual, la administración de los sacramentos y en especial los de la Penitencia, Comunión, Orden y Matrimonio, que tan grande influencia ejercen sobre todo el cuerpo de la Iglesia?

Sería dilatarnos sobrado el detenernos en hacer ver la imposibilidad de la recta y oportuna administración de cada uno de estos sacramentos y funciones sagradas, sin una trabazón estrechísima entre los miembros de la Iglesia unos con otros, y sin una dependencia absoluta de todos ellos con el romano Pontífice. Basta echar una ojeada

por todas las iglesias ó comuniones disidentes del catolicismo, y se verá cuánta contradicción se observa en casi todas ellas en puntos gravísimos sobre culto, sacramentos y jurisdicción: se verá además que en el cisma griego, armenio y ruso, aunque el dogma está salvado casi en todas sus partes, hay empero acerca de la jurisdicción y disciplina eclesiástica diferencias tan notables, que muchas de ellas atacan abiertamente muchas verdades fundamentales sobre el régimen divino de la Iglesia. Entre los antiguos herejes, si bien la disciplina exterior de la Iglesia parecía conservar en la mayoría de las sectas aquella santa rigidez primitiva del cristianismo, se veían atacados puntos dogmáticos, y herida de muerte la unidad de la Iglesia.

En las sectas protestantes, los errores acerca de los sacramentos son tantos y de tanta monta, que apenas si queda salvo el solo sacramento del Bautismo. Y los herejes están tan opuestos entre sí en puntos muy capitales, que solo se ve en ellos de comun el odio encarnizado contra el catolicismo. ¿Y de dónde procede tamaño desorden? ¿De la sola corrupción de sus sectarios? No; esta ha sido, no causa, sino efecto de su violenta separación del romano Pontífice.

La predicación evangélica, el culto, la limosna, la continencia, los sacramentos, la caridad, obediencia y celo, por no contar todas las demás virtudes, son otros tantos pilares ó columnas que sostienen la divina fábrica de la Iglesia. ¿Y cómo la pudieran sostener sino estuviesen cimentadas sobre el solo fundamento que Dios ha establecido? Toda columna puesta fuera de este fundamento se desplomó; y solo pueden sostenerse y mantenerse eternamente en pie las que estén fundadas sobre el fundamento visible que Dios ha establecido, el romano Pontífice, piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo. *Et super hanc PETRAM ædificabo Ecclesiam meam.*

Pasemos al segundo punto, que os hemos prometido, á saber; que EL ROMANO PONTIFICADO es el monte sublime colocado sobre las cimas de todos los demás montes.

2. Al hablarlos, señores, del Pontificado romano, considerado como la montaña sublime situada sobre los montes mismos de la Iglesia, no hago sino personificar á ésta en aquél; porque, en efecto, tratar del romano Pontificado es tratar de la Iglesia misma en su carácter más visible. Y esto mismo nos enseña el cardenal Belarmino diciéndonos: «Sabeis de qué se trata cuando se habla del romano Pontífice?—Se trata nada ménos que del cristianismo.» (*Bellarmino, de summo Pontifice*.) Es pues muy consiguiente apliquemos al Pontificado lo que las sagradas Letras y santos Padres dicen de la Iglesia.

Hemos hecho ver, señores, en nuestra primera parte, que el fun-

damento visible de ésta es el romano Pontífice. Pero en esta fábrica divina, no solo hay fundamentos, sino elevacion, majestad, cumbre ó cabeza. Analicemos la sagrada alegoría bajo este punto de vista. ¿Qué es un monte respecto de sus valles, respecto de las llanuras en que descansan sus faldas?—No sólo es una elevacion que indica superioridad, es además el depósito de las aguas que han de regar y fertilizar los valles y llanuras; es lo que atrae las nubes del cielo que envían ó dejan desprender de su seno sobre el árida tierra de los campos del llano el rocío que mantiene frescas y lozanas las plantas, puro y saludablemente fresco el ambiente; es lo que hace descender y correr por todo el espacio de los campos el aire que purifica, anima y fortalece todo lo que aspira y respira. Eso mismo hacen los órdenes gerárquicos de la Iglesia. La gracia y los dones del cielo vienen de lo alto á lo hondo, de arriba abajo, de las alturas á las llanuras. Así lo tiene dispuesto la divina Providencia para que todo se haga ordenada y convenientemente.

Como las llanuras, y valles, y honduras, y tierras bajas que representan al pueblo fiel son de una extension y muchedumbre ilimitada, indefinida, el divino Fundador de la Iglesia, que es al propio tiempo el Criador del mundo, ha dispuesto que en el universo místico y espiritual de la Iglesia todo se haga con cierta semejanza de lo que se vé en la creacion del universo material, del mundo físico en que habitamos: esto es, ha dispuesto que haya número considerable de montes y cordilleras, de lomas y montañas, dispuestas todas de trecho en trecho para oportuna provision de la tierra; y que á semejanza de esto haya en la Iglesia ministros, sacerdotes y obispos con mayor ó menor jurisdiccion respectiva, para la conveniente administracion y dispensacion de gracias, sacramentos, predicacion y doctrina entre todos los fieles. Y nótese de paso, que para que los que ejercen el cargo de pastores en la Iglesia de Dios no se engrían, Dios permite y hace frecuentemente más fértiles en virtudes y gracias los valles y llanuras que las montañas, lomas y montes. Esto debe animaros, considerando que si el Señor nos otorga mayor dignidad que á vosotros, vosotros recibís frecuentemente más mercedes que nosotros, y que al paso que hay valles fertilísimos, no faltan montes estériles. En todo esto no excedriémos los secretos de Dios, sino que cada uno se resigne al lugar en que Dios le coloca, seguro de que á ninguno excluye de su magnanimidad y larguezas. Pero el Señor ha querido que en su Iglesia visible los montes ó jerarquías reciban directamente del cielo el poder sacramental inherente al orden; más en el gobierno de la Iglesia quiere que reciban su jurisdiccion divinamente insti-

tuida por manos y con dependencia del romano Pontífice; por manera que el supremo Pontificado sea ese monte sublime colocado sobre los demás montes, y del cual ó por medio del cual reciban las aguas del cielo, esto es, su jurisdiccion, y señalamiento de territorio, circunscripción necesaria para evitar confusion en una sociedad divinamente instituida para que sea una en muchos miembros, como la esencia de Dios es una en distintas Personas.

Mas lo que constituye la sublimidad de la sagrada alegoría es el imponente espectáculo que presenta una inmensa y majestuosisíma montaña, cuyas faldas están asentadas por Dios mismo sobre las cimas de los montes mismos, cubriendo la tierra, cobijándola toda en su seno inmenso, no allanando ni rebajando los montes, sino protegiéndola en su altura con el divino poder que se le ha dado, y no permitiendo que las honduras se levanten, sino que subsistan bajo de las faldas de los montes, y que por las elevaciones de éstos, como por místicas graderías, se vayan levantando en espíritu de caridad y humildad hasta ella, y de ella hasta su divino Fundador, Cristo. Todo esto es sublime, todo divinamente ordenado para mantener integra las prerogativas de la jerarquía, los deberes y derechos de todos los fieles de Cristo cada uno en su orden. Así es como se presenta hermosa, suave, majestuosa esta ciudad divina colocada sobre el monte, *civitas supra montem posita*, esa Jerusalem terrestre en la cual todo va ordenado, en que las alturas fecundizan los llanos y valles, en que éstos llenan de gozo con sus frondosas praderías, abundantes frutos y vistosas flores á los montes místicos que se complacen en ellas, y de la cual sube hasta lo más encumbrado del Olimpo divino el celestial perfume de santidad, alabanza, gozo y deleitosa armonía.

Et fluent ad eam omnes gentes, dice el sagrado Texto; y ¿cómo es posible no acudir todas las gentes á ciudad tan hermosa, tan fragante y compasada? ¿Y cómo pueden dejar de ver en ella esa ciudad fabricada por manos mismas del Altísimo? *Fundavit eam Altissimus*. ¿Y cómo hallándose es este árido, seco, ardoroso y descominado desierto del mundo, *in terra deserta, in via et in aquosa*, no ha de respirar por subir á esta deliciosa montaña coronada de cedros y plátanos, vestida de esmaltes de flores, y cuyas faldas son verjeles aromáticos y frondosos? ¡Ah, católicos! y cuán á propósito nos dice S. Pablo: *Non accessistis ad trattabilem montem, et accessibilem ignem, et turbinem, et caliginem, et procellam*... No os habeis acercado vosotros á monte sensible ó terrestre, ni á fuego encendido, ni á torbellinos, ni á nubes negras, ni á tempestades, ni

á sonido de trompetas, ó estruendo de voces tan espantosas, que los que las oyeron pidieron por merced á Dios que no se les hablase más sinó por medio de Moisés... Llegais vosotros al monte de Sion, á la ciudad de Dios vivo, á la celestial Jerusalem, al coro de muchos millares de ángeles, á la Iglesia de los primogénitos que están alistados en el cielo, á Dios, juez de todos, á los espiritus de los justos perfectos, y á Jesús mediador de la nueva Alianza, cuya sangre derramada en aspersión divina, habla mejor que la de Abel. *Accessistis ad montem Sion, et civitatem Dei viventis, Jerusalem celestem... Ecclesiam primitivorum... et ad mediatorem Testamenti novi Jesum...* (AD HEBR. XII, 18 AD 24). Esta es, católicos, la ciudad fundada sobre los Apóstoles y Profetas, verdaderos montes de Dios, *super fundamentum Apostolorum et Prophetarum*. Esta es la ciudad fundada sobre Pedro, sublime montaña colocada sobre los montes. *Et super hanc Petram edificabo Ecclesiam meam*. A esta montaña más elevada y visible que las demás vendrán todas las gentes, porque su inmensa elevación, cuya cima se esconde en los cielos, la hace visible á todos, la hace superior á todo, la aproxima más que todo á su Fundador divino; y que si no es por medio de ella, Cristo no recibe á sus fieles.

Creemos haber explicado suficientemente la sagrada alegoría, y hecho ver que el romano Pontificado, no solo es piedra fundamental visible de la Iglesia de Cristo, sinó que es esa montaña sublime colocada sobre los montes mismos de la Iglesia. En confirmación de cuanto llevamos expuesto sobre el Pontificado supremo, ya sea considerado como piedra fundamental de la Iglesia, ya como sublime montaña fundada sobre los montes mismos de la Iglesia, séanos permitido alegar por conclusión algunos testimonios de los santos Padres y de la tradición universal acerca de nuestro grave asunto.

Gran consuelo es para el predicador evangélico hallarse embarazado en la elección de testimonios irrecusables á favor del asunto de que trata. Por mi parte os confieso que mi embarazo es tanto mayor, cuanto que no hay santo Padre ni hecho alguno trascendental en la historia de la Iglesia que no contenga un testimonio auténtico en favor del primado universal de honor y de jurisdicción del romano Pontífice en la Iglesia.

Ved, entre infinitos, algunos títulos con que los santos Padres llaman y caracterizan al sumo Pontífice.

«El romano Pontífice es el obispo elevado á la cumbre del apostolado.» San Cipriano. «El Padre de los padres.» (Concilio de Calcedonia. Ses. II).

«El soberano Pontífice de los obispos.» (El mismo Concilio.) «El Vicario de Jesucristo, el Confirmador de los cristianos.» (Epístola del concilio de Cartago.) «El Pastor de todos los pastores.» San Jerónimo. (IX PREFAT. EVANG. AD DAM.) «El Pontífice llamado á la plenitud del poder.» (Epístola del concilio Calcedonense á Teodoro.) «La boca misma de Jesucristo.» (San Juan Crisóstomo. HOM. II, IN OTIVENS.) «Todo cuanto se ha dado á los obispos por Jesucristo ha sido dado por medio de Pedro, dice S. Leon; para que de él como primer o y cabeza de los Apóstoles se derramaran los dones por todo el universo.»

Si de los tan irrefragables é inequívocos testimonios de que tan abundante se muestra la tradición veneranda de la Iglesia pasamos á los hechos históricos, veremos que, desde S. Pedro, hasta su presente sucesor el papa Pio IX, la cátedra apostólica de Roma ha sido el tribunal definitivo y sin apelación á donde han acudido no solo los simples fieles y sacerdotes, sinó los obispos ya aisladamente, ya reunidos en concilios.

Desde luego, como nota S. Juan Crisóstomo: «El Pontífice de Roma es el heredero de la dignidad de Pedro, á quien Pablo mismo honró de un modo particular durante su vida. *Yo he venido*, dice el Apóstol de las gentes, *á visitar á Pedro*. Fué Pablo á Jerusalem de propósito para ver á Pedro, no á Santiago, á pesar de ser tan glorioso apóstol, y obispo de esta ciudad. Y aunque este discípulo ilustre del Salvador residiese en ella, no es á él á quien se propone ir á ver Pablo: Pablo tenía que ver á Pedro, como tiene que ir á verse una cosa maravillosa y que ha de ser buscada; y fué á verlo DURANTE QUINCE DIAS. *Mansi apud eum diebus quindecim*, para conocerlo más y más á fondo como mayor y más anciano que él: no seguramente para ser enseñado, pues que Cristo mismo le enebaba por expresa revelación, sinó para dar ejemplo á los siglos futuros, y á fin de que quedase para siempre sentado que, sea quien quiera, aún cuando fuera un S. Pablo, es menester ver á Pedro. (JOANN. CHRYS. IX EPIST. AD GAL. CAP. 1.)»

El ejemplo de Pablo, el de los demás Apóstoles que se reúnen en Jerusalem bajo la presidencia de Pedro, ha sido constantemente seguido en la Iglesia. Ningun concilio general se ha celebrado nunca sin la autoridad expresa y aprobación expresa del romano Pontífice: ningun concilio nacional ni provincial se ha celebrado sin tácito consentimiento del Romano Pontífice; y ningun cánón ha tenido nunca fuerza de ley eclesiástica sin confirmación del Pontífice supremo.

Cuando han acontecido altercados ó graves dudas en puntos dog-

máticos ó de disciplina, tales como la de la celebracion de la Pascua, la rebautizacion de los bautizados por los herejes, la condenacion de Ario, de Manes, de Donato, de Prisciliano, de Eutiques, de Nestorio, de los Monotelitas, de Focio, de todos los herejes hasta los Protestantes, los Jansenistas, los Pistoyanos, y en nuestros dias Lamennais y los errores revolucionarios en materia de Religion, la cátedra de Pedro, el Pontífice romano ha sido siempre el juez nato que ha dirimido las controversias. *Roma loquuta est, causa finita est. ¿Habló Roma?—Se acabó!*—

Tal es la divisa católica; y eso mismo hemos visto en la decision dogmática del misterio de la Inmaculada Concepcion de María, por Su Santidad reinante, Pio IX. En todo se ve, señores, el exacto cumplimiento de la profecía de Isaías: *Et erit mons in vertice montium, et fluent ad eum omnes gentes*. Todos miramos á esta montaña santa; todos acudimos á nuestro Padre; todos tendemos á él nuestros brazos en nuestras necesidades, á él abrimos nuestro corazón, hácia él dirigimos nuestros suspiros, á él clamamos nuestras almas. En él se fundan nuestras esperanzas, en él ponemos nuestra confianza, cuando en los puntos lejanos del horizonte divisamos negras nubes que amenazan tormenta. Y en medio de las borrascas de esta vida, miramos á él como nuestro norte, ¡Padre santo! Padre santo! exclamamos; y seguros de que en el momento mismo recibimos su bendición sagrada, la tempestad se calma, los enemigos huyen, nuestra alma queda en paz y nuestro corazón en inefable honanza. ¡Bendito sea el Padre de nuestro Señor Jesucristo que nos ha deparado un consuelo superior á todo consuelo, y que nos asegura un refugio tan seguro en tiempo de nuestra tribulacion!

¡Oh santa Iglesia Romana! mientras conserváremos nosotros la palabra, la usaremos para alabarte; y mientras latiere en nuestro seno un corazón, será para amarte. Tú serás el principio de nuestros regocijos, el cántico de nuestras alabanzas, el asunto de nuestras glorias, el objeto privilegiado de nuestro amor. Fáltenos ántes la respiracion, y péguese primero nuestra lengua al paladar, si no fuéremos hasta el último aliento tus fieles y amantes hijos.

¡Oh Padre santo! á tí clamamos desde lejanas tierras, porque las distancias del espacio no pueden escondernos la montaña sublime en que fundó el Altísimo tu paternal trono. A tí clamamos, hijos sedientos de la bendicion de su Padre; tú nos la puedes enviar desde esta tu augusta cumbre: eres Padre, y no puedes olvidar á tus hijos; eres Pastor supremo, y todos somos ovejas de tu redil. Bendicenos, Padre santo, y acógenos en tu paternal seno, para presentarnos ante el

acatamiento del omnipotente Señor, que tan grande te ha hecho para gloria suya y dicha nuestra.

PREDESTINACION.

I.

*Oves mea meam audiant.
Mis ovejas oyan mi voz.*

(JOAN. X. 27.)

El célebre Alejandro, considerando un dia la gran prosperidad de su imperio; viendo unida á sus dominios la corona de Persia, vencido el rey Darío, extendidas sus conquistas hasta los remotos confines de la India, sojuzgado el mar, muda la tierra ante la grandeza de sus hazañas; en una palabra, viendo colocado su trono en lo más eminente de la rueda de la fortuna, súbitamente, acometido de una triste melancolía, exclamó: ¡Ah! ¡quién me diera un clavo! *Suspiro clavum*. ¿Para qué quereis ese clavo, señor? le preguntó uno de sus cortesanos. Y respondióle el afligido Alejandro: Para clavar la voluble rueda de mi fortuna. Sé que es traidora é inconstante; que se complace en ensalzar y humillar sucesivamente á los monarcas, y por lo tanto, temo mucho que á la hora ménos pensada borre la auréola de mi gloria y me precipite hasta una profundidad igual á la altura á que hoy me veo elevado. Ahora pues, ¿quién de vosotros, oyentes míos, al pensar en la rueda de su futura eternidad, no exclamará, como el contristado Macedonio, *suspiro clavum*? ¿Quién, al considerar los inexcrutables decretos de su predestinacion, no deseara un clavo con que sujetar en su incierto movimiento la fortuna de un reino eterno? Esta terrible reflexion avanzó hondos suspiros y amargas lágrimas á hombres tales como S. Bernardo, S. Gregorio y S. Juan Crisóstomo; juzgado, pues, oyentes míos, con cuánta más razon debe llenar de pavor á otros corazones ménos santos. Sin embargo, no debéis desalentaros por esto, toda vez que, por la misericordia divina, tenemos dos poderosos medios bastantes por sí solos para